

# LA REVISTA GENERAL DE MARINA Y SUS DIRECTORES

José Luis TATO  
Capitán de Navío  
Director de la Revista General de Marina

En 1877, hace ya un siglo corrido, el almirante don Juan Bautista Antequera, entonces ministro del Ramo, inspiró y auspició la creación de esta REVISTA GENERAL DE MARINA, que desde la ejecutoria de su primer director constituyó algo inherente e íntimo al espíritu que en todo momento animó a la Corporación editora: el servicio a la Armada, de tal forma que siempre valió la inquietud y la capacidad de sus hombres que constantemente, en tiempos felices y en tiempos tristes para ella, se esforzaron en alcanzar una meta común, cual es la de aportar ideas e iniciativas para una labor cada vez mejor en pro de los intereses nacionales.

En aquella época, en el decenio de los 70 del siglo XIX, estábamos diciendo adiós a la navegación a vela y probando los blindajes contra una poderosa y cada vez más perfeccionada artillería. Decididamente, la Marina era noticia en España, que vivía entonces en el remanso de la Restauración, alejados ya los negros nubarrones de pasadas tormentas. En este dinámico escenario naval, la REVISTA comenzó a navegar llevada de la mano, en sus primeras singladuras, del Director de Hidrografía para tratar de informar acerca de las ciencias marítimas. De aquella época, sus páginas conservan numerosas improntas de no pocas alternativas de esperanzas y preocupaciones, en unos momentos en que España se sentía poseída por el anhelo de resucitar a la ancha vida de los mares, siendo la REVISTA, durante un amplio período, bien aprovechado por sus directores, un privilegiado observatorio de esta aproximación.

Pero desde la perspectiva de ahora, pasados más de cien años, cabría centrar la cuestión respondiendo a estos interrogantes: ¿es técnica?, ¿científica?, ¿histórica?, ¿se mueve en un indefinido plano de profesionalidad?

No queremos fabricar respuestas de antemano, pues puede haber un extenso campo de validez en todas estas preguntas, y ello es debido a una línea constante de actuación de los directores que lo han sido, fieles en su ejecutoria a esa norma, quizás no escrita, pero siempre vigente para los hombres de la Armada en lo relativo a una fidelidad a la continuidad aleccionadora, aunque abiertos siempre a novedades y opiniones constructivas, equidistantes en su serenidad y objetivos en las programaciones, adaptándose al paso de los tiempos y haciendo de la honestidad, finalmente, una constante línea de conducta.

Con estos breves rasgos pensamos que queda dibujado el perfil de los

directores que ha tenido la REVISTA desde su creación, si bien es obligado hacer referencia a una etapa excepcional, que lo es no sólo por sus características y circunstancias, sino también por la personalidad de un director irrepetible.

Nos estamos refiriendo a la interrupción de su publicación entre 1936 y 1940, por razón y azares de la guerra civil. La salida de nuevo a la luz de la REVISTA se reanudó en 1940, bajo la dirección del contralmirante D. Julio Guillén Tato, que empuñaría este timón durante treinta y dos años, hasta su fallecimiento en 1972.

Por ello, y por las extraordinarias y múltiples facetas que concurrían en el almirante Guillén, hemos pensado referir a él, a su etapa prolongada y fructífera, la glosa con que cerrar estas líneas.

Don Julio Guillén, además de director de esta REVISTA, también lo fue de nuestro Museo Naval, y en su proyección intelectual fuera de la Armada —que fue extraordinaria y llena de contenido— irrenunciable y estrechamente vinculada a ella, fue miembro numerario de las Reales Academias de la Lengua y de la Historia, desempeñando en esta última, también hasta su muerte, el cargo de Secretario Perpetuo.

Quisiéramos saber traer a colación, ahora ya que los sentimientos por su desaparición están sosegados, la memoria de su intimidad, de su ingenio y de su humanísima y cálida personalidad, todo ello reflejado en las páginas de la REVISTA, ya que el almirante Guillén no era solamente un brillante cultivador de la historia marinera, docto en lexicografía, modelismo, cartología, medallística, arte o arquitectura naval, sino un hombre singular e inimitable, cuya influencia espiritual aún perdura, y en ello nos esforzamos con el mayor celo y empeño sus sucesores, en el alma de la REVISTA.

Era un conversador excepcional, lleno de esa difícil cualidad denominada gracejo, que en su persona alcanzaba cotas de difícil, por no decir imposible igualada. Y en él, además de esta hacienda intelectual, se daba en mayores proporciones, si cabe, la de una gran profesionalidad y valor reconocido en el combate, como lo acredita la Medalla Militar individual ganada en los difíciles espacios aéreos de Africa, cuando el desembarco en Alhucemas, en que el entonces teniente de navío Guillén pilotaba un hidroavión de la Aeronáutica Naval, a cuyo bordo realizó innumerables y arriesgadas acciones bélicas a pecho descubierto, que le valieron tan preciada y honrosa condecoración.

Fue ésta una etapa que dejó honda huella en nuestra REVISTA, y que los tres directores que hemos sido después de don Julio Guillén tratamos de conservar a ultranza como legado entrañable que marca nuestro rumbo, en modo alguno reñido con la constante actualización impuesta por el rápido discurrir de nuestro tiempo con sus inquietudes políticas, humano-sociales y tecnológicas, todas ellas perfectamente compatibles y encajables con la herencia del almirante Guillén, basándonos siempre en la objetividad, la honestidad informativa y el afán continuo de un cada vez mejor servicio a la Armada en particular y a España en general cada día que pasa.